DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA PÚBLICA
DE MADRID
CNSP

NÓMADA

ARTE Y LITERATURA

AÑO I. NÚM. 3.

Ayuntamiento de Madrid

NÓMADA

REVISTA MENSUAL

AÑO 1912.-MES DE ABRIL.-NÚM. 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

TRIMESTRE. . . . 3 pesetas en toda España.
POR UN AÑO . . 10 » » » »
NÚM. SUELTO. 1 » » » »

Director
M. Altolaguirre Palma

Gerente
Leocadio Martín Ruiz

Secretario de Redacción
Antonio Fernández Fenoy

Colaboradores

Miguel de Unamuno, Arturo Reyes, Francisco Villaespesa, José Muñoz San Román, Jacinto Benavente, Cristóbal de Castro, Enrique Romero de Torres, Fernando Fortun, Alberto A. Cienfuegos, Pedro de Répide, Ricardo León, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclan, Santiago Rusiñol, Carmen de Burgos, Andrés González Blanco, Eduardo Baro, A. Reyes Guillot, José Francés, Gabriel Miró, Juan Pujol, Emilio Carrere, Manuel y Antonio Machado, Salvador G. Anaya, Manuel Góngora, Andrés Vázquez de Sola, Constantino R. Carnero, Francisco de P. Valladar, José Fernández del Villar, Diego San José, Isaac Muñoz, Salvador Rueda, Enrique López Alarcón, Antonio Zozaya, Eduardo Zamacois, Ramón A. Urbano, Luis Bello, Andrés Obejero Luis París, Francisco Vera, Ramón Pérez de Ayala, M. B. Cossío, Antonio Arévalo, M. Utrillo, Joan Pí, Antonio Gullón, Enrique de Mesa, Juan R. Jiménez, Julio Pellicer, F. García Sánchiz, Eugenio Noel, Tomás Borrás, Goy de Silva, Francisco Arévalo, Ricardo Baroja.

Todos los trabajos que se remitan á NÓMADA han de ser originales é inéditos. Dichos trabajos se dirigirán al Secretario de Redacción, Heredia, 14 (Córdoba), donde se hallan establecidas nuestras oficinas. Para todo lo relativo á la suscripción ó venta en comisión, dirigirse al administrador. NÓMADA se expondrá al público en las principales librerías de España y América, al precio de **una peseta**. No se devuelven los originales.

Redactor-Representante en Madrid
A. Jiménez Lora

CÓRDOBA-1912
IMPRENTA LA VERDAD

Ayuntamiento de Madrid

NÒMADA
ARTE Y LITERATURA

MAESTROS DE PARVULOS

Decía Mauricio Barres al exponer el programa de una revista literaria de la que era director: como esta revista es puramente literaria, rara vez hablará de teatros. En efecto, el teatro y la literatura no suelen ir muy de acuerdo.

Es opinión generalizada, que el teatro es una especialidad del arte literario, que para entrar en él hay que haber nacido con el «don teatral» (llamémosle así), don que para consuelo y esperanza de los que no crean en el derecho divino, también puede adquirirse á poca costa. (Unos miles de francos gastados en comedias francesas).

Lo intolerable es que los bien abonados para el teatro, pretenden hacer de necesidad virtud y elevar á precepto fundamental del arte dramático, lo que en todo caso sólo es ventaja que les concede la ignorancia del público en general. ¿Que muchas obras sin arte y literatura, y que muchos escritores que fuera del teatro no serían capaces de escribir un artículo de periódico tolerable, triunfan en el teatro?... Cierto. ¿Pero quién puede citar una sola obra teatral, que por ser artística y literaria, haya fracasado? Ninguna. Entiéndase verdadera obra de arte, porque á lo mejor salimos con que la obra tal, rechazada por el público, carecía de condiciones teatrales, aunque era un primor en la forma, y ya sabemos á qué atenernos en España respecto á los primores de forma; ya lo dijo Leopoldo Alas: muchos primores

Ayuntamiento de Madrid

de forma y la gramática no parece. En el teatro hay que considerar como distintos la obra de teatro y el espectáculo.

La mayoría del público que acude al teatro, no está educado literariamente; puede ser muy ilustrado, eso sí, pero en otras materias. Por puro sentimiento ó inteligencia del arte, no ha leido jamás un libro literario, novela ó poesía. En el teatro llega á su entendimiento algo de arte á través del espectáculo y de la diversión; y los autores dramáticos, cometiendo un delito de «corrupción de menores» en inteligencia artística, abusan de la ignorancia del público y procuran mantenerle en minoría perpetua. Como si un maestro ignorante al llegar al límite de sus conocimientos, prevalido de la mayor ignorancia del discípulo, le dijese: no hay más que aprender.

Diga que él no puede enseñar más porque más no sabe, pero á lo menos sepa encaminar al discípulo á donde pueda aprender, y no trace los límites del saber por los límites de su entendimiento.

¿Que sin arte y literatura se puede ser autor dramático? Exacto. ¿Que el «don teatral» es un don aparte de el don artístico? Mentira.

Ya se convencerán de ello muchos autores el día en que el público, que ya «se anda en libros», caiga en la cuenta de que hay todavía estudios y «maestros superiores».

JACINTO BENAVENTE.

Ayuntamiento de Madrid

ESCENAS DE LA VIDA

DESENCANTO

(Es una reunión de muchachas bellas y caballeros elegantes. Sobre el teclado de un piano posan las manos breves, blancas y ensortijadas de *Isabel*, mujercita linda de diez y nueve primaveras, de ojos negros y de cabellos rubios.

Suena un wals de Strauss, lento, triste, melodioso, que brinda ensoñaciones de amor y produce en las almas un éxtasis grande, hondamente gratísimo.

Algunas parejas bailan.

Raul, junto al piano, tiene fijos los ojos en los de *Isabel*. A veces dirígelos al rostro de *Elvira*, muchacha romántica, de una belleza ideal, purísima, intensa.

Y en la agonía del wals lento, brotan, ténues y apasionadas, las palabras de *Isabel* y de *Raul*.)

Raul ...Porque no quise interrumpirla antes. Y de no ser tan necesaria esta nuestra conversación que tantas veces deseé que llegara, no hubiérame tampoco decidido á precipitar las cosas. Pero, es preciso, Isabel, es indispensable para el logro de mis esperanzas.

Isabel ¿Sus esperanzas?... No creí que usted las tuviera.

Raul ¿Y quién no las tiene?

Isabel Hay tantos que así piensan y viven en la equivocación, que nada hubiera de extrañarme si le ocurriese á usted lo propio.

Dígame, Raul: ¿acaso no fuera mejor dar á esas esperanzas suyas el nombre de caprichos?

Raul No, amiga mía, porque un capricho es siempre como una golondrina del amor, por decirlo así. Los caprichos pasan á ras de los corazones como las golondrinas á ras del agua, dejando una huella ligerísima que prontamente se desvanece. Por eso no encuentro bien aplicado á mis esperanzas el nombre de caprichos.

Isabel (Dejando de tocar). Nunca segundas partes fueron buenas, y como el wals ha terminado ya, ante el temor de la repetición, dejaremos este sitio á Elvira, y nosotros, si usted quiere, podremos hablar extensamente.

Ayuntamiento de Madrid

(*Raul é Isabel* cruzan el salón, yendo á refugiarse en un rinconcito aislado, adonde las voces y las notas llegarán débilmente, suavemente, y su charla no será interumpida en largo rato.)

Isabel Supongo, amigo Raul, que no me negará las excelencias de mi estrategia. Este rincón no puede estar en mejores condiciones para una confidencia amistosa, que yo he de agradecer á usted, toda vez que deposita en mí su confianza.

Raul Desde hace mucho tiempo anhelaba yo la llegada de estos momentos felices que me permiten confesar á usted, con ingenuidad profunda, el sentir de mi corazón...

(Las últimas palabras de Raul han puesto en el semblante de Isabel un matiz rojo y la han emocionado gratamente).

Isabel Me figuro ya, y creo no equivocarme al afirmar que ese sentir de su corazón será amor, tal vez...

Raul ¿Y cómo lo adivina usted?

Isabel No es necesario gran cosa para comprender que usted ama: sus palabras quieren decirlo, su actitud quiere demostrarlo. Además, lógicamente pensando, en un corazón joven anida el amor tan fácilmente...

Raul Pues bien, sí, Isabel: ¡estoy enamorado locamente!

Isabel No hacía falta que lo dijera usted tan fuerte. ¿Ve usted? Elvira lo ha oido; de seguro, porque ha vuelto la cabeza y está riendo... ¿No escucha usted la risa de Elvira?

Raul ¿La risa de... Elvira?... Sí, sí... la oigo, Isabel.

Isabel Diríase que tiemblan sus palabras al pronunciar el nombre de mi amiga del alma...

Raul No... Acaso, inconscientemente... (Transición.)

Dígame, Isabel: yo deseo su contestación categórica, franca .. ¿Quiere usted concederme un favor?

Isabel ¿Cuál? Yo no sé de usted más que cuanto acaba de confiarme: que está enamorado locamente... Pero... ¿de quién? Si es que yo puedo saberlo, debe usted revelármelo enseguida.

Raul ¿No lo ha advertido aún? ¿Es que mis ojos no se lo han dicho todavía?

Isabel (Mirando al suelo, ruborosa.) Exige usted tan pronto la respuesta, que, la verdad...

Raul ¡Perdóneme, Isabel! ¡Perdóneme!

Isabel ¿Perdón? ¿Por qué?

Raul ¡Sí! ¡Perdón! No supe explicarme..

Ayuntamiento de Madrid

Isabel No comprendo, Raul. .

Raul Es que...

Isabel ¡Dios mío! ¿Qué tiene?

Raul .. ¡Estoy enamorado de su amiga del alma!...

Isabel ¿¡De Elvira!?

Raul De Elvira... ¡Si usted quisiera presentarme á ella!... Este era el favor...

(La mujercita linda de ojos negros y cabellos rubios, cruza otra vez el salón, con toda la intensa amargura que el desencanto llevó á su alma enamorada.

Y momentos más tarde, brotan del piano las notas del mismo wals de Strauss, lento, melodioso, triste)...

ABELARDO RIVERA.

Ayuntamiento de Madrid

DEL PASADO

LOS INFANZONES

Las nobles damas hablan; cabellos empolvados,
manos áureas de anillos, senos blancos de encajes,
y armonizan las sedas antiguas de los trajes,
con el damasco antiguo de los viejos estrados.
Evocan los saraos famosos de la corte,
entre risas y anécdotas. En la mesa de juego,
barajando las cartas, un abad mujeriego
relata sus proezas en la guerra del Norte.
Mientras alguien al clave recuerda un minueto,
dos antiguos amantes murmuran en secreto:
—Las mujeres de ahora! ¡Oh, los hombres de hoy!
Y la dama, al descuido, deja caer su guante
y él se curva á cojerlo, con el gesto galante,
lento y ceremonioso de don Manuel Godoy.

EN EL PANTEÓN

Aquí, en gótico féretro, el noble polvo yace
de Alvar Fañez, el bravo compañero del Cid.
La cruz sobre la lápida, y el *Requiescat in pace,*
escrito en caracteres de un bárbaro latín.
Otra tumba, de un joven guerrero que en Granada
cedió su potro al rey y combatió de pié,
hasta caer herido por cien lanzas. Su espada,
mellada y herrumbrosa, sobre las cruz se vé.
Más allá, duerme un santo, patrono de los Andes,
y un capitán famoso de los tercios de Flandes...
Isabel en tus brazos ofrenda su tesoro...
Y un féretro vacío aguarda en un rincón
tus despojos mortales. Dice en letras de oro:
«Aquí yacen los restos del último infanzón».

FRANCISCO VILLAESPESA.

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA

¿Os acordais de Hamlet Gómez? Su nombre evoca toda una juventud estropeada por el infortunio. Sus años mozos deslizáronse en el yunque de un trabajo rudo que minó su existencia. Indefenso ante el dolor y la crueldad de la vida, sucumbió. Se fué, como tantos otros, dejando tras de sí algunos esputos de sangre y la mueca macabra del hambre...

El hambre fué su más constante compañera. Atarazado por la pobreza, vió su carne socarrada por la fiebre. Con hambre compuso aquel admirable libro que se llama «Cosas de Hamlet Gómez», sobre el que la envidia escupiera tantas injurias, y con hambre se expatrió...

Casi feliz le vimos regresar un día de Buenos Aires con la mochila llena de ilusiones, dispuesto á roer en paz su hueso de idealidad. Había trabajado sin descanso y traía la corresponsalía de «Caras y Caretas.» Pero el Destino, ni aun al otorgarle sus mercedes fué misericordioso para con él. Le sonrió con esa desolada ironía que entristece las más bellas páginas de Anatolio France... Ofrecióle un pedazo de pan y un lecho confortable, cuando ya no podía comer, cuando la horrible tísis minaba su pobre existencia, porque los días sin pan y las noches sin lumbre habían sido muy crueles y muy largos...

Por eso ayer, al recordar el aniversario de su muerte, yo fuí con unos amigos á llevarle flores al cementerio del Este.

Caminamos melancólicamente por el estrecho sendero, y, como hacía mucho frío y la tarde era turbia y triste como los ojos del muerto, nos apretábamos los tres amigos para comunicarnos un poco de calor.

Casi no hablábamos. Colocamos en silencio las flores, y nuestras almas, ébrias de amor, de ideal, de ensueño, se arrodillaron ante la sepultura de Hamlet Gómez...

***

Ayuntamiento de Madrid

Fué muy triste la vida del poeta, es verdad; pero, ¿acaso la de todos nosotros lo es menos? ¡Con cuánta dificultad, á costa de cuántos desengaños llegamos á convencernos de que las quimeras y los ensueños son muy poco nutritivos! Nuestras almas, añoradizas del pasado, han visto con secreta melancolía desaparecer los días gloriosos del Renacimiento Italiano, en que aquellos magníficos señores, los Médicis, protegieron á los artistas. Por desgracia, hoy nuestros Gobiernos aún no han consagrado algunas partidas del presupuesto á subvencionar á los poetas; y cuando no se nos otorga un puesto diplomático, ú otro cualquiera del Estado, tenemos que escoger entre morirnos de hambre, ó someternos á la ridícula disciplina de una Redacción de periódico, en que se nos paga muy mal y se nos obliga á trabajar noche y día. ¡Y por lo general, qué trabajo tan absurdo! ¡Hablar de política extranjera, traducir, escribir sueltos y corregir pruebas! Así, el periodismo mata en nosotros á la literatura. No tenemos tiempo de estudiar, de limar una frase, de ataviar un pensamiento. Vivimos demasiado deprisa una vida demasiado inquieta, demasiado nerviosa. ¿Quién puede soñar en un ambiente semejante? Luego, no servimos para nada; fuera de nuestro mundo, somos absolutamente inútiles. La vida del pensamiento nos inhabilita para la acción. Y como tenemos el más profundo desprecio por todo aquel á quien consideramos incapacitado para cultivar un huerto de prosas ó versos, ó para pintar un lienzo, ó cincelar una estátua, ó componer un poema musical, de ahí el que vivamos una vida aparte, voluntariosa y de un boheniamismo á veces trágico y casi siempre cruel. Para uno que se salva, hay cien que caen en la misma fosa hacia la cual rodaron ayer Alejandro Sawa, hoy Hamlet Gómez, y la cual es casi siempre la fosa del olvido.

En efecto, ¿quién se acuerda hoy en España de Alejandro Sawa? Nadie, á no ser su pobre madre y sus hermanos.

No nos hagamos ilusiones. Vivamos unidos al yugo del trabajo, atarazados por la necesidad, robando horas y más horas al sueño y al descanso; veamos marchitarse nuestra juventud en un cuarto estrecho y desmantelado de casa de huéspedes, en donde pasamos las noches sobre los libros, los periódicos y las cuartillas, alejados de todos los placeres y las alegrías de estos años tempraneros; todo ello para darnos la satisfacción de que unos cuantos señores lean nues-

Ayuntamiento de Madrid

tros escritos en el periódico de la mañana, cuando no para que se nos paguen unas miserables pesetas, que no alcanzan para nada.

Pues bien, cuando V. se muera, lo sentiremos mucho; pero al cabo de dos ó tres años, sólo se acordarán de V. unos cuantos amigos, amén de algún acreedor.

¡Y la vida es tan breve, y, á veces, también, encantadora!

¡Pasan tan pronto los años de la juventud y debe de ser tan triste morir sin haber gozado de los encantos que ofrece la vida, misericordiosa, á todos aquellos que saben amarla! Envejecerse prematuramente sobre la letra de molde; ser, á los veinte y cinco ó treinta años, sabios cual Aristóteles y austeros como Sócrates, se me antoja algo monstruosamente horrible. ¿Os acordais de Fausto, ofreciendo su alma á cambio de una hora del amor de su Gretchen; de la luminosidad de un poco de juventud y de poesía?

¡Qué lamentable aparece entonces ante la vida la sabiduría que no sirve para llevar un poco de amor y de alegría al espíritu del hombre encanecido y encorvado al calor del estudio!

¡Porque á ser viejos es á lo único á que los hombres nos resistiremos siempre!

Y no se nos diga, como nuestros buenos preceptores de moral, QUE HAY TIEMPO PARA TODO.

¡No hay tiempo para nada! ¿Acaso no tuvo razón Renán, cuando escribió aquellas palabras ungidas con melancolía que nuestros labios musitan con amor en las horas largas de forzados del trabajo?...

«Harto corta es la vida. Haría falta una vida para amar, otra vida para aprender y otra para obrar rectamente. Pero si queremos amar, tenemos que renunciar á saber; y, si á saber aspiramos, tenemos que renunciar al amor. ¡Y esto ¡ay! es tan cruel!...»

Sí, es una crueldad desgarradora. ¡La juventud es amor! La vida es amor! ¡El sol y el aire que nos acarician en esta edad mañanera, son amor!

¡Hermanos míos, venid conmigo á llevar rosas á las tumbas de los poetas; soñad, porque el ensueño os hará buenos y felices, y, soñando, aun en vuestra vejez, tendreis ilusiones; soñad, porque «SIN EL ENSUEÑO NO HAY ARTE NI SABIDURÍA», nos dice ese amable profesor de ideal que se llama Anatole France.

¡Soñad, pues el ensueño es sentimiento y es emoción y frente á

Ayuntamiento de Madrid

las dolorosas realidades del vivir, en ocasiones trágicas, se alza, cual una iluminada, la voz todo misericordiosa del corazón!

¡Soñad, porque soñando comunicareis á vuestras producciones esa divina emoción que las hará seductoras cual mujeres!

Soñad, recordando que Alfred de Muset, ya viejo y cansado, nos decía: «El único bien que me queda en el mundo es el recuerdo de haber llorado algunas veces...»

Soñad, pero no agosteis vuestra juventud en los invernaderos de las bibliotecas y de los cuartos sin sol de las casas de huéspedes. «LA CIENCIA ES INHUMANA—nos dice el maestro;—BUSQUEMOS AMABLE REFUGIO EN EL ARTE.»

¡Y amemos! En el pórtico del Parthenon se oyen músicas placenteras, y el poeta nos anuncia ya que Eros va á pasar deshojando rosas sobre los pechos firmes de Citerea..

RICARDO GOMEZ CARRILLO.

Madrid. Enero 1912.

Ayuntamiento de Madrid

TIERRAS DE BRUMAS

EL PEREGRINO

Carretera adelante camina el peregrino
bajo el abrumador peso de sus sayales.
Su faz está amarilla como ese pergamino
húmedo y empolvado de los viejos misales.
En todos los lugares acórrenle las viejas,
los zagales le besan el rosario y las manos;
y las mozas, le piden que les narre consejas
de santos milagrosos y mártires cristianos.
Muestra las rojas llagas que corroen su pecho·
y si alguno le brinda con un mullido lecho,
dice con mansedumbre: duermo en el santo suelo.
Y así va eternamente, de lugar en lugar,
toda su vida entera, andando sin cesar
hasta dar con la senda que le deja en el cielo.

...Y SIEMPRE IGUAL

...Y vendrán nuevos días; y se caerán las hojas;
y á estas flores fragantes seguirán otras flores;
y en otras verbeneras noches de hogueras rojas,
los rapaces que hoy triscan, se dirán sus amores.
Llegarán con las brisas las negras golondrinas;
y se irán con los hielos, las cigüeñas tardías;
y vendrá carnaval envuelto en serpentinas;
y en la cuaresma el tédio prolongará los días.
Música los domingos; por las tardes rosario.
Tertulias en las casas del cura y boticario
y veladas los jueves en la Congregación...
Y habrá siempre unos novios en la reja cercana;
y en todo los crepúsculos sonará una campana
con una melancólica fatal lamentación.

ANTONIO GULLÓN.

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS DE «NÓMADA»

LO IGNORADO

El gabinete, amueblado con todos los primores del lujo moderno, estaba á obscuras envuelto en la penumbra incierta y desigual causada por el resplandor de las luces que había en los escaparates de la acera opuesta. Como el piso era un principal muy bajo, de antigua casa aristocrática, no sonaba fuera ruido lo que dentro no se oyese; el vocerío y el rodar de los coches eran ensordecedores; algunas sombras proyectadas desde la calle parecían deslizarse por el techo, quebrándose en el artesonado, y de cuando en cuando la trepidación producida por los camiones y los carros, hacía temblar ruidosamente los cristales de los balcones y moverse los visillos bordados de preciosas labores.

Carolina permanecía sentada en una butaca pequeña, inclinado el cuerpo hacia adelante, apoyados los codos en las rodillas, puesta la cabeza entre las palmas de las manos, completamente ensimismada y absorta, parados é inmóviles los ojos, como si no le importase ó no existiese nada de cuanto había en torno suyo. Así permaneció un rato muy largo, tal vez horas, hasta que al dar las siete la sacó de aquella especie de estupor el timbre sonoro y penetrante de un reloj magnífico que había sobre la chimenea rodeada de candelabros de plata, figurillas de Sajonia y retratos de fotografía puestos en marcos hechos de terciopelos y tisúes antiguos.

Entonces levantó la cabeza, todavía hermosísima; miró á la esfera, y al ver al mismo tiempo aquellas fotografías y aquellos rostros, murmuró débilmente.

«¡Si lo supieran!...»

Después se fijó en un mueblecillo sobre el cual había un espejo, y levantándose, se dirigió hacia él para contemplarse un instante reflejada en la tersa superficie del cristal. Casi no pudo verse por la falta de luz, y, sin embargo, tan convencida estaba de lo que habían mermado sus encantos que, apartándose de allí con pena, tornó á dejarse caer en la butaca.

De pronto se abrió la puerta, y apareciendo una doncella, preguntó:

—¿La señora quiere que se enciendan las lámparas?

—No; hasta que vuelvan la señorita y el señor.

. . . . . .

Ayuntamiento de Madrid

Faltaba una hora, una hora que podía estar sola con con sus pensamientos, repitiéndoselos, estrujándolcs con la imaginación, atormentándose con ellos, sometiéndolos á todas clases de análisis, depurándolos con todo linaje de cavilaciones, al término de las cuales se le escapaba del pecho un suspiro muy largo, nacido de muy hondo, asomándosele simultáneamente á los ojos dos lágrimas acres y abrasadoras que ella, enseguida, con precipitación, se enjugaba para que no le enrojeciesen los párpados.

Y siempre lo mismo... Encerrarse, sentarse, en aquella butaca, y ponerse á recordar, á cavilar, resucitando lo pasado, hasta que todas sus ideas venían á resolverse y condensarse en aquellas dos lágrimas, cuando precisamente todo su empeño era llorar. Eso no; sufrir, enhorabuena, bien merecido lo tenía; pero llorar, no, porque el llanto quema los ojos, deja señales. Le preguntarían la causa, y entonces ¿qué contestar? ¿qué decir? Una mujer joven todavía y en plena sazón de hermosura, rica, mimada por su marido y con una hija de 17 años tan bonita como ella fué cuando los tenía, una mujer, en fin, por todos conceptos digna de estimación y respeto, hasta de envidia, ¿en qué podría fundar sus quejas y sus lágrimas?

Y, sin embargo, estando sola, se sentía acometida de una tristeza tan negra, de una amargura tan sin consuelo, que únicamente hallaba desahogo y alivio con aquellos mismos suspiros que tenía que sofocar, aquellas mismas lágrimas que tenía que tragarse. Su monólogo mudo era siempre igual: la historia de su culpa, que constantemente evocaba, recordándola con ensañamiento, para echarse en cara su debilidad, su locura, su ingratitud, su perjurio y su infamia, ¡Qué historia tan sencilla, tan breve y tan horrible! Caida sin lucha, falsa visión de amor engañoso, adulterio vulgar sin poesía ni disculpa, y, por fin, desengaño brutal, imprevisto y cruel, aun dada la enormidad del delito. ¡Cómo quedaron las ilusiones pisoteadas y la conciencia manchada para siempre! ¡Oh, si pudiese arrancarse de la memoria todo aquello!

. . . . . .

La cosa comenzó en París: ya en Vichy la miró y la galanteó mucho, pero sin atreverse á hablar con el cinismo que desplegó luego; en París, mientras su marido fué á Londres, empezó *él* á perseguirla y ella á vacilar, enorgullecida con haber inspirado amor á un hombre de quien se referían tantas y tan extraordinarias conquistas. Había comprometido á varias amigas suyas; decíase por entonces que era amante de una gran señora célebre por su belleza, y á pesar de semejante triunfo, se fijaba en ella.

Ayuntamiento de Madrid

La noche que salió de París con su marido y su hija, *él* se hizo el encontradizo en la estación y vinieron juntos hasta Madrid. Las primeras palabras que le dirigió en el andén, á hurtadillas, fueron para decirle que por seguirla lo abandonaba *todo*, y aquel *todo* era la gran señora, aquella considerada como hermosa entre las hermosas. ¡Maldito viaje! En el *sleeping* se atrevió á hablar ya sin miramiento ni respeto, seguro de la emoción que ella no supo disimular al verle... Hacía una noche deliciosa; su esposo salió al pasillito del vagón para fumar, la niña le siguió, ella y *él* se quedaron solos, sentados uno junto á otro. Durante unos minutos se limitó á mirarla en silencio, como embebecido; pero luego, de pronto, mientras el marido y la hija iban y venían paseando por el corredor lateral del vagón, en un instante en que sus pasos sonaron hacia el extremo opuesto, *él*, fingiendo... si aquello fué fingido, fingiendo no poder contenerse, le cogió una mano y se la llevó á los labios, besándosela entre el guante y la manga. Entonces debió levantarse, huirle, no provocar escándalo, pero salirse donde estaba su esposo y su hija, ó llamarles con cualquier pretexto. En vez de hacerlo, permaneció sentada, muda, anhelante, como víctima de un hechizo, y desde aquel momento, por aquella absurda mezcla de timidez y engreimientos, ya hubo complicidad por parte suya.

A las pocas semanas de llegar á Madrid, se dejó vencer: *él* supo arreglar las cosas de modo que la culpa había de ser doblemento sabrosa, primero por serlo, y luego por quedar envuelta en el misterio.

Alquiló un cuarto entresuelo en una calle extraviada, lo amuebló lujosamente, hasta con comodidades hijas de refinada perversión, y cada cual tuvo su llave, una llave pequeñita, inglesa que cabía en el portamonedas El primero que llegaba esperaba al otro...

Precauciones hacían falta pocas: con ir de negro, tener un sombrero que no fuese llamativo, ponerle un velillo tupido, y tomar un simón... impunidad completa. Además, nunca estaba allí arriba de una hora. Si se retrasaba para almorzar ó comer, siempre había modo de justificarlo: la tienda estaba llena de gente, el sermón había sido largo, la tía ó la prima la habían entretenido. Su pobre marido jamàs sospechó nada ni llegó á desconfiar. Buen cuidado tuvo ella de no mostrársele más expresiva ó mimosa que de costumbre, y sobre todo de no vestirse delante de él para que no se fijara en el lujo de sus ropas interiores. Los embustes le quemaban los labios, prueba de que algo bueno le quedaba en el alma, y al volver á su casa en el coche, en la escalera, antes de que su hija saliera á recibirla y besarla, se frotaba la cara con el manguito, con el pañuelo y con los guantes, como si quisiese borrar algo vergonzoso que, aun siendo invisible, pudiera traicionarla.

Ayuntamiento de Madrid

El tiempo, y no hizo falta que pasase mucho, fué mermando la poesía de aquel encanto mentiroso: la sorpresa de haber delinquido y el desengaño al ver que su cómplice no sabía quererla ni estimarla, consideración de que su marido le daba cada día mayores muestras de ternura, y el contraste de las caricias legítimas y honradas con aquellas otras en que el vicio no sabía disfrazarse de amor, fueron rápidamente turbando sus alegrías dudosas, avergonzándola de los placeres robados y depositando en su corazón un sedimento de asco que parecía subírsele á los labios como vapor sucio y repugnante.

¿Qué resentimientos ni qué quejas tenía del padre de su hija? Era un hombre de talento poco brillante, de inteligencia mediana, de pobre ilustración, incapaz de conquistar fama ni prestigio, pero bueno, decente, cariñoso, leal... y sobre todo, ¿si ya le conocía cuando consintió en ser su esposa, con qué derecho le ofendía?

El otro... el otro sí que la ofendió á ella mintiéndole una pasión que era incapaz de sentir, y tratándola como á una mujer perdida. La engañó diciendo que había puesto el cuarto para recibirla, hasta exageró las dificultades que hubo de vencer para encontrarlo y amueblarlo, y luego en aquel mismo cuarto que ella al principio llamaba su nido, suponiéndolo buscado para ella sola, fué hallando pruebas materiales y groseras de que lo habían utilizado otras mujeres. Un día, en el cajón del tocador encontró medio paquete de polvos de arroz; otro día, de entre el asiento y el respaldo de una butaca, sacó horquillas que no eran suyas... Su nido era un cuarto puesto para posada de amores alquiladizos. ¡Y por un hombre así se había perdido! No; ni *él* la quiso, ni ella podía quererle. Aquello no fué siquiera un error del corazón, ni una embriaguez de los sentidos; fué una caída estúpida imposible de explicar, y lo que era peor, irremediable. Ni aun acogiéndose de nuevo fervorosamente al sagrado del amor legítimo hallaría paz, porque cada vez que su marido le tocaba se estremecía temerosa de que algo impensado, algo no previsto y terrible la delatara y la perdiese. Pero ¿qué mayor perdición que el propio desprecio? ¿Qué tormento comparable al de oir á su hija calificar ofensiva y despiadamente á otras casadas menos infames que ella?

. . . . . .

¡Y qué desenlace! Después de pasar una semana entera sin ir al nido, se citaron un día para el siguiente á las tres. Ella debía estar cinco minutos en casa de una amiga, ir á preguntar á la modista por una falda nueva y luego entrar en San José por la calle de Alcalá, salir por la de las Torres y tomar un coche. Así lo hizo todo, nerviosa, desazonada, impaciente, y cuando llegó al nido... estaba vacío.

Ayuntamiento de Madrid

Al apearse del simón y atravesar el portal, la portera la detuvo sorprendida de verla, diciendo: «¡Toma, toma! Yo creí que estaría usted enterada... Pues si hace cuatro días que el señorito mandó dos carros y se lo llevaron todo... Mire usted»—y saliendo al medio de la calle señaló á los dos balcones, en cada uno de los cuales había sujeto un papel blanco en señal de que se alquilaba el piso.

¡Qué vergüenza! Tomó otro coche, volvió á casa, pasó la tarde encerrada, violentándose para no llorar, y luego tuvo que comer con su marido y con su hija, hablando de cosas indiferentes, mientras aún creía ver la sonrisa burlona de la portera y los papeles blancos de los balcones.

La culpa no era de nadie conocida ni había de serlo, porque ella no escribió carta ni soltó prenda, regalo, rizo ni recuerdo que pudiera comprometerla, pero le bastaba saberlo para tener la vida envenenada por una pesadumbre en que entraban por igual el remordimiento de su maldad y la rabia de su humillación.

Luego de aquella ruptura muda, después de aquel abandono despreciativo y denigrante, no volvió á saber de *él* en muchos meses, hasta que una noche se lo encontró en una tertulia, donde la saludó cortésmente con la sonrisa en los labios, como si se hubiesen visto la víspera, sin que jamás existiera ni mediase nada común entre ellos. Entonces le inspiró una mezcla indefinible de miedo y repugnancia, preguntándose avergonzada cómo y en qué momento de ceguedad incomprensible pudo dejarse seducir y poseer, pareciéndole que todo fué mentira y que aquel miserable no la había tocado nunca.

Y estos pensamientos, crueles é implacables, eran la cadena que arrastraba en castigo de su delito, sin que la cárcel de su imaginación tuviera puerta por donde huir, ni su conciencia irritada le ofreciese jamás esperanza de perdón.

. . . . . .

El gabinete había quedado completamente á obscuras. Los resplandores de las tiendas de enfrente se reflejaban en los espejos y en los cristales de los cuadros; en la chimenea, la leña húmeda gemía tristemente y la péndola del reloj se movía con ruido acompasado y rítmico.

De pronto entró la hija de Carolina diciendo:

—A comer, mamá.

Al quedar abierta la puerta, las luces que había en la habitación inmediata iluminaron bruscamente los retratos de la niña y de su padre puestos sobre la chimenea en cuadros de terciopelo y tisúes antiguos, y Carolina, al pasar junto á ellos, tragándose las lágrimas pensó llena de angustioso terror:

«¡Dios mío, Dios mío, si lo supieran!»

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Ayuntamiento de Madrid

LA ISLA DE TABARCA

Á Gabriel Miró

Como un sacerdote de luz te concibo,
como un investido de esencia sagrada,
alto religioso de espíritu vivo
envuelto en divina candela dorada.
Tu casa en que ha orado mi fe temblorosa,
altar es que muestra tu santa figura,
y hay en tu casulla de luz religiosa
yo no sé qué ignota, bordada escritura.
Igual que un ungido de paz y armonía,
en tu hogar sublime sereno resbalas,
y escribes tus libros de excelsa poesía
con pluma caida de incógnitas alas.
Acaso sintiendo tu ritmo y tu canto
donde blando viertes tu cálido aroma,
lanzóla de un ala el Espíritu Santo
al rozar tu frente como una paloma.
Parece tu pecho, Príncipe divino,
un ágata mística que absorto contemplo,
una sacra lámpara de arder peregrino
que en paz ilumina tu lírico templo.
Semejan tus dedos cojiendo la pluma,
cinco ámbares largos de rubia pureza,
que en sus cinco nácares encierran la suma
de Amor, Alma, Vida, Dolor y Belleza.
Rey maravilloso de pluma suave,
hombre-arcángel hecho de luz y armonía:
cantas la belleza lo mismo que un ave
que en la rama verde da su melodía.
De jaspe es tu frente, Señor luminoso,
de un jaspe cojido de un noble sagrario;

Ayuntamiento de Madrid

tan pura, que es casco de un ángel glorioso;
tan santa, que es concha de un ígneo incensario

El arte que escribes y el alma consuela,
es luz de mil gracias á tí concedida;
tú tienes la clave, que Dios te revela,
y para los otros es desconocida.

A veces semejas de inciensos y aromas,
de sabia madera de un rosal no visto,
pues vierte tu espíritu los mismos aromas
que si los vertiese la magia de Cristo.

Tras de ver tu mitra de perlas y gualda
y postrado en tierra decir «¡yo te adoro !»,
Señor, que yo bese la excelsa esmeralda
que lleva en su anillo tu mano de oro.

Tu mano que finge cojiendo la pluma
cinco ámbares largos de rubia pureza,
que en sus cinco nácares encierran la suma
de Amor, Alma, Vida, Dolor y Belleza.

SALVADOR RUEDA.

Ayuntamiento de Madrid

LA ETERNA SENDA

Un tiempo hubo no muy lejano, en que la antigua casa de mi tia, situada junto á la iglesia parroquial de San José, estuvo en todo su esplendor y fué punto de reunión para las mozas y mocitos galanteadores del más florido y pintoresco barrio granadino.

Por aquel entonces, era mi tia una excelente señora, de afabilísimo trato y gallardo porte, bella por naturaleza, franca y caritativa con los pobres, á quienes colmaba de mercedes, y muy señorial aun dentro de su intimidad, cosas todas ellas que captádole habían el aprecio y el cariño de las gentes del barrio.

Cuitas que contar, extravíos llevados á cabo por la juventud, miserias y sinsabores de la vida no había en aquellas honradas gentes, que no se contaran ó se lamentasen ante dama tan cariñosa, quien, con su benevolencia y amor, sabía aplicar á la llaga de cada uno el bálsamo más apropósito para su cerrazón, dando con esto motivos más que suficientes para el general contento del vecindario.

Estas sus excelentes condiciones morales, compartíalas con ella su esposo, sacristán que era de la mencionada parroquia y empresario de pompas fúnebres, negocio con el cual conseguían allegar los suficientes posibles para llevar la vida, sinó con gran esplendor, con bastante comodidad y cariño, dando una esmerada educación á sus hijos, pues justo será consignar el que, fruto de ese cariño, hubieron seis hijos, cinco de ellos varones y una hembra que, por aquellos alegres tiempos, era la más bella y jacarandosa que pisó la falda del pintoresco Albaicín.

Esta prole, gente joven, animada y de relativo rumbo, era la que alegraba la casa organizando originalísimas fiestas que á cabo se llevaban en el extenso jardín y huerto de la casona, un tiempo cementerio de monjas, y por aquellos días á manera de zaguán que paso daba al edificio teatro de los más apuntados y picarescos galanteos de la gente moza.

Allí, en las noches primaverales, bajo un tupido emparrado de bombillos á la veneciana, de típicos candiles y velones de Lucena que arrancaban metáli-

Ayuntamiento de Madrid

cos reflejos á las vasijas de cobre, había un desbordamiento de entusiasmo por parte de todas las gentes del barrio. Desgranaba un organillo de manubrio su raudal de notas vibrantes y joviales incitando al baile, corría el licor de mano en mano y hasta los mantones de Manila que en el cuerpo de las mujeres eran como primaveras floridas, ponían la palpitación de sus colores, completando la armonía de tan característico y pintoresco conjunto.

*
* *

No se crea que aquella nota fúnebre que los dueños de tan excelente casa cultivaban era un obstáculo á las alegrías propias de la juventud; muy por el contrario, gala habíase hecho de ella en ciertas ocasiones con gran donosura y de pretexto sirvió para muy regocijados pasajes, que nada hay como el conocimiento de las cosas para perderles el temor y hasta para hacer burlas de nuestras más arraigadas creencias.

En aquella casa, donde se aunaban con singularísima promiscuidad lo austero de la iglesia, la alegría de la vida y la tristeza aparatosa de la muerte, estas tres distintas visiones de la humanidad, perdido habían en fuerza del trato todo su aspecto impresionante, y allí, junto á la algazara y el bullicio de los bailes, se alzaba silenciosa la iglesia con sus Santas doloridas y sus Cristos brutalmente atormentados... ó el almacén que daba paso al órgano de la iglesia, con sus paños y colchas funerarias, sus bronceados candelabros y los ataudes que yacían olvidados en espera de un cuerpo...

Como el recuerdo de una lejana pesadilla conservo en la memoria aquel día en que, á hombros de mis primos, que simulaban un entierro, fuí paseado dentro de un ataud por el extenso huerto de la casa. Falto de luz y sobrado de temor, mi memoria evocó fantásticas visiones en tanto que percibía á través de las maderas de la caja el canto funerario que mis acompañantes entonaban por la salvación de mi alma, ciertamente pecadora... Evoqué en aquellos momentos la imagen de un crucificado que se veneraba en la iglesia; imagen que infundía terror en todos los corazones por su mueca dolorosa, á la que habíase rodeado de cierto misterio medroso muy apropósito para excitar la curiosidad de las devotas; y cuando, dando por terminado el fúnebre cortejo, fué incorporado el féretro para depositarlo en tierra, tuve por unos momentos la ilusión de que caminaba á morir sepultado entre las monjitas, adorables flores de santidad, cuyos restos hallaron descanso ayer en aquella tierra, bajo la alegría de un potente sol, bajo la exuberante verdura de la parra, y la rojez de los granados á los cuales acaso sirvieran de abono...

*
* *

Ayuntamiento de Madrid

¿Qué se hicieron de las zambras y de las alegrías? Como chispas de luz fueron en la vida placentera y sosegadamente familiar de aquella casa. La de gracia ahuyentó al placer y se enseñoreó sobre todas las cosas; creció la fortuna, pero menguó la salud al acrecentarse los años, y un dia,—dia de luto general en el barrio—mi tio, el alma buena y gunerosa, subió al cielo.

Desde aquella llorada fecha, quebrantóse el corazón de la esposa, que sin haber perdido su porte señoril, dirigía el hogar desde su antiquísimo sillón tallado en palo santo. Reveladoras de sus muchas cuitas, eran á veces las lágrimas que temblorosas desaparecían entre el fino pañuelo bordado y con encajes. Perdióse el humorismo de la gente moza; el huerto y los jardines no fueron nuevamente teatro de justas amorosas ni de escarceos y arrumacos, y hasta los hijos, que al cabo todos son como palomos, apenas hubieron una buena mujer, casaron y huyeron á colgar sus nidos de amor bajo otros techos. . Casó hasta la mocica morena y galante, que era como la ilusión de su madre y, ¡válgame Dios!, que más le valiera no haberlo hecho. Tal fué de desgraciada, que á los pocos años de casar enviudó y quedó libre del yugo masculino, pero huncida á la vida por la carga de los hijos: tres que fueron rubios y hermosos como angelotes...

*
* *

Emblanquecidos los cabellos de mi buena tia y surcado su rostro de arrugas por los muchos sinsabores sufridos, la enfermedad fué aprisionando su organismo hasta postrarla en el lecho.

Vinieron días de desolación y llanto; ella, tan hermosa un dia, veíase morir lentamente, sin que por ello perdiese su rostro la dulce expresión de bondad que fué su mayor encanto. Debilitado quedó su cuerpo hasta verse impedido de todo movimiento; y una tarde alegre y victoriosa, su alma corrió á unirse con la del esposo.

Fué una muerte tranquila, insensible, llena de bondad...

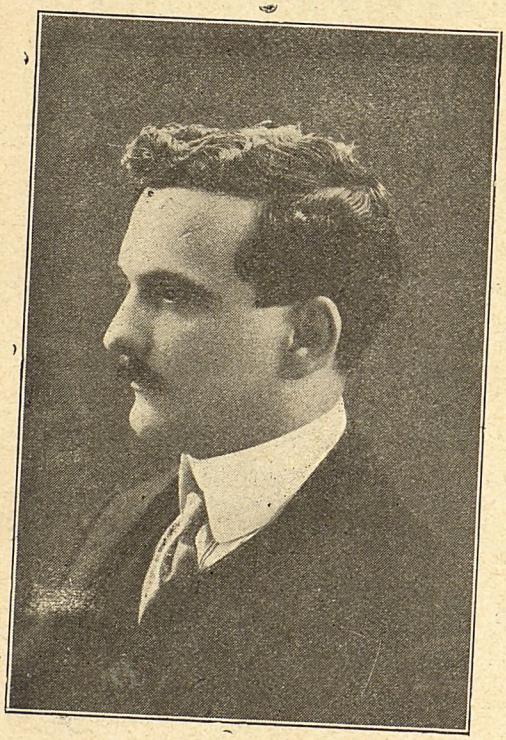
A. FERNÁNDEZ FENOY.

Ayuntamiento de Madrid

LOS GRANDES PINTORES

JULIO ROMERO DE TORRES

Pocas reputaciones existen hoy en nuestro mundo artístico ganadas en tan noble lid cual la que goza el gran pintor Julio Romero de Torres. Lejos de la vida falsa y bulliciosa de la corte, apartado de aquel ambiente de intrigas bajas y conspiraciones absurdas, Romero de Torres labora en silencio recluido en la arcáica ciudad de Córdoba, que le vió nacer...



JULIO ROMERO DE TORRES

Relicario de grandiosas bellezas,—legado de unos siglos en que el Arte era el supremo culto de la vida,—la evocadora Córdoba ha formado el alma del artista, ha influenciado su espíritu... En sus lienzos admirables, la posteridad advertirá los latidos del corazón de Andalucía, que quedará en aquéllos como una palpitación perenne, como una emoción íntima de idealidad y de Arte. Porque sin detrimento alguno de la concepción justa, exacta, Romero de Torres sabe idealizar la visión del solar andaluz, prestándola un nuevo encanto inefable.

Si el gran artista no tuviese ámpliamente definida y reconocida su personalidad, si su genio extraordinario no hubiera triunfado en toda la línea, si su nombre no fuese un timbre de gloria y de orgullo

Ayuntamiento de Madrid

JULIO ROMERO EN SU ESTUDIO

Ayuntamiento de Madrid

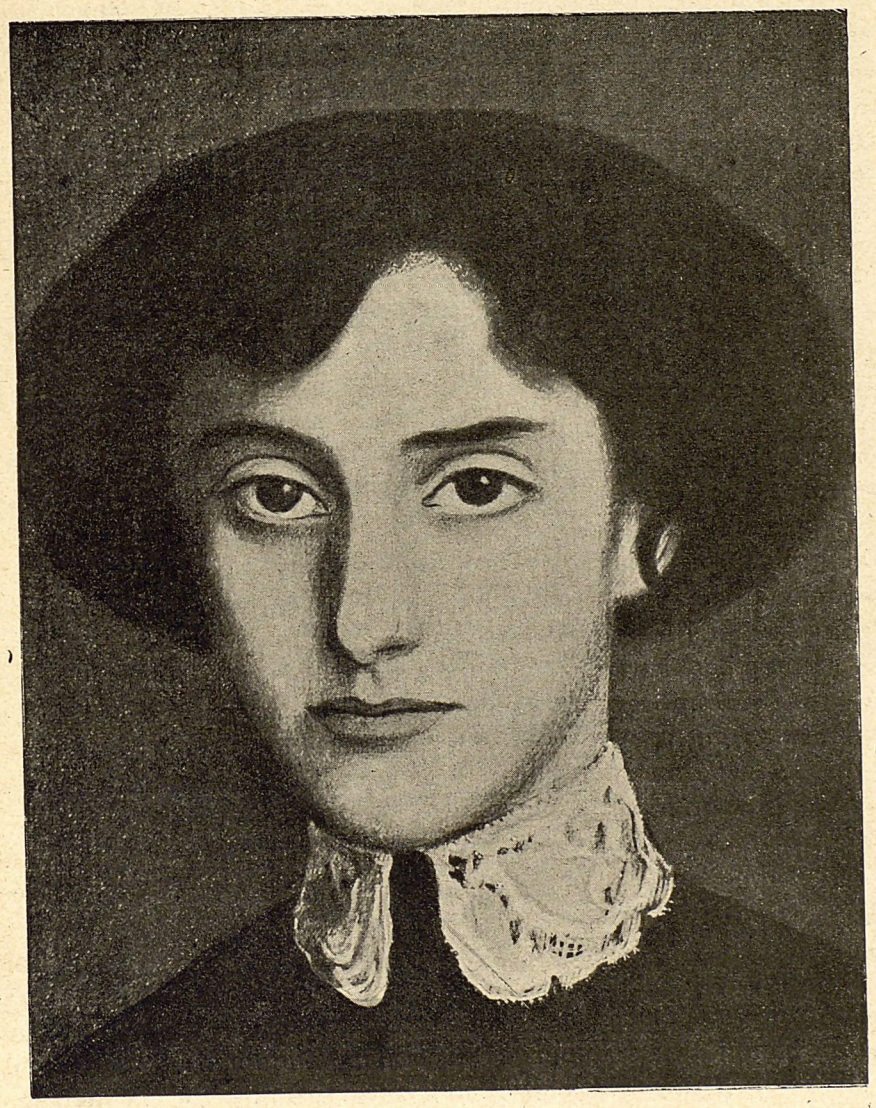
para el arte pictórico español, nos acometería el temor de que nuestras palabras fueran tenidas como hijas de la cordial amistad que nos une á Julio Romero de Torres, y de que nuestro entusiasmo fuese considerado como resultante de un juicio parcial y apasionado. Mas el justo renombre del artista nos pone á salvo de tales presentimientos, puesto que nuestros elogios son el reflejo fiel de la crítica seria, fría, sensata, que ha concedido al creador del «Retablo del amor» el lugar preeminente que por sus relevantes é indiscutibles méritos le corresponde entre los más insignes pintores españoles de la actualidad, pese á unos cuantos cuitados que, con su labor de zapa, trataron vanamente de obstaculizar su consagración de artista magnífico.

Aún está en la mente de todos el movimiento de indignación que produjo la actitud del Jurado que, arbitrariamente, inhabilitándose para siempre con proceder tan absurdo, no quiso apreciar el valer del «Retablo del amor» presentado en la última Exposición Nacional de Madrid, y que en la Internacional de Barcelona obtuvo la más elevada recompensa. La voz de la opinión sensata se dejó entonces oir, indignada y altiva. Llovieron sobre el Jurado censuras y protestas, y la lucha de escuelas y personalidades quedó definitivamente planteada en aquella exposición, en que las obras de Julio Romero de Torres y Anselmo Miguel Nieto eran las únicas que daban una emoción de arte renovado y firme, en que el «Retablo del amor» y «La danza»—que fué presentada fuera de concurso,—eran solamente los cuadros en que se advertían nuevas tendencias y nuevos giros dentro de la exacta realidad de la pintura española.

Se planteó,—es decir, se afirmó,—la eterna contienda de las escuelas que ya tienen hondas raigambres en el campo del arte, con la escuela que nace, que crece, que gana terreno. Los viejos maestros se resisten con enorme tenacidad á abandonar la palestra, colgar las armas y recluirse en la paz. Se rebelan ante el impulso arrollador de la juventud que avanza nimbada la frente con esplendores de una nueva aurora. Antes de ceder, apelan á todos los medios posibles, á fin de derribar á los maestros jóvenes, y en su obra de intriga, la justicia y la imparcialidad suelen salir tan mal paradas como luego ocurre á su fallo, llegando al caso lamentable de que nuestras exposiciones nacionales sean en la mayoría de las veces una farsa de la que acabarán

Ayuntamiento de Madrid

por apartarse todos los artistas que tienen sobrados méritos para acudir á más nobles y honorables lides. Ocurre también que los jó-



CABEZA DE ESTUDIO

venes fracasados, que forman una numerosa legión, laboran en contra de los jóvenes triunfadores. Esos pobres rezagados, para quienes la

Ayuntamiento de Madrid

victoria definitiva es un bello sueño irrealizable, coadyuvan asíduamente al desprestigio de los certámenes artísticos á que nos referimos, haciendo á la perfección el papel de comparsas y tramoyistas...

Romero de Torres es uno de los pintores españoles que más obstáculos ha tenido que vencer y más escollos ha tenido que salvar para llegar al puesto que hoy ocupa.

Apesar de eso, jamás le invadió el desaliento, jamás le acometió la idea de retraerse ó cambiar de rumbo. Tiene una fé inquebrantable y en ella se escuda. Labora con ahinco, con firmeza, sin dudas ni vacilaciones. Tiene trazada una senda y por ella avanza con paso seguro. No quiere desviarse de ella. Hace poco escribía en estos términos á un literato refiriéndose á las obras que presentará á la próxima exposición: «Huelga decirle que en todas estas obras prosigo y me afirmo en la tendencia que marqué en mis cuadros anteriores, hijos de una convicción y de mi temperamento».

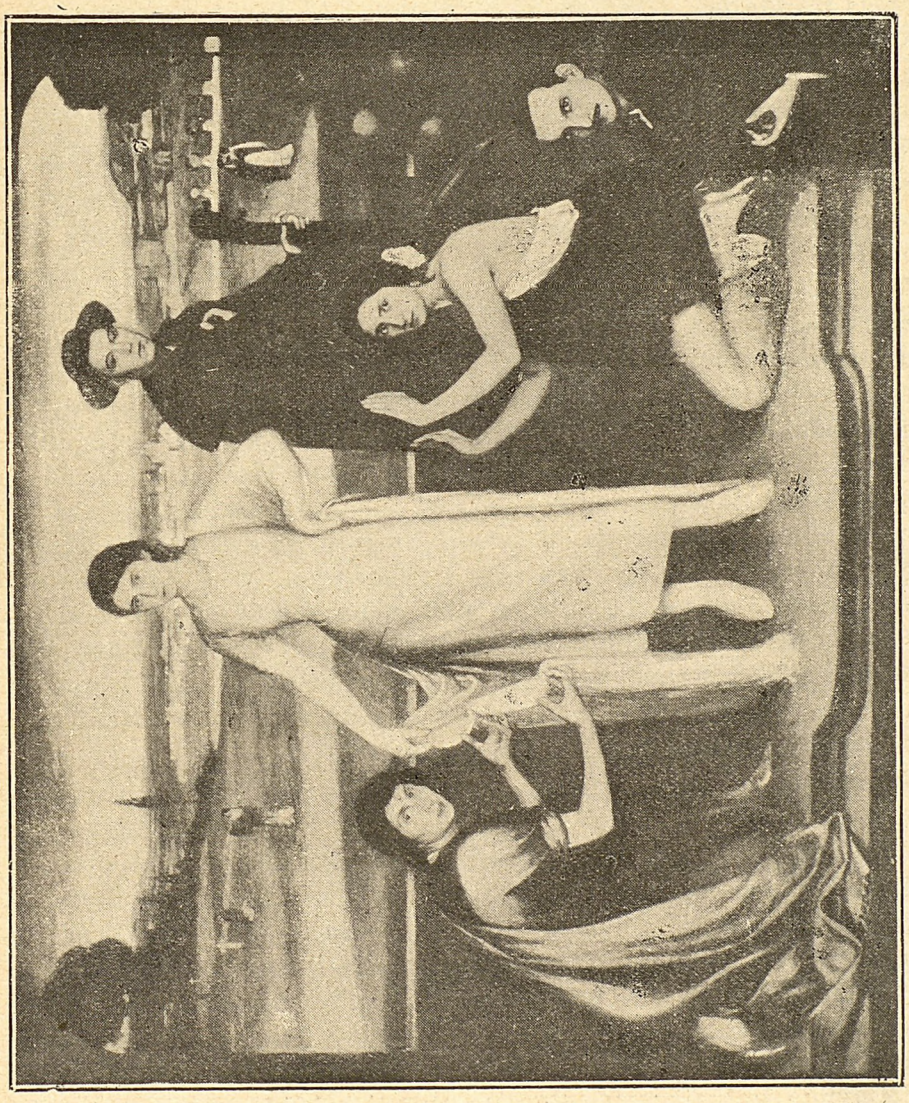
¡Bello gesto, por cierto, digno de quien, como Julio Romero de Torres, posee esa firmeza de idea y de escuela que tanto escasea ya entre nuestros artistas!

El eximio pintor llevará al concurso nacional una obra de grandes dimensiones que, cuando trazamos estos párrafos, aún no tiene título, pero que bien se podría llamar «El Triunfo de Andalucía» ó «La Coronación de Andalucía». Los que, al tratar de Romero de Torres, hablan de la paleta negra, sufrirán con esa obra una pequeña decepción, pues se encontrarán ante un cuadro que en punto á colorido difiere de otros del gran artista. Creemos no equivocarnos al presagiar que la aludida obra producirá cierto revuelo y cierta sensación. Es un cuadro simbólico, según escribe su propio autor, «representativo de la musa popular andaluza», y forman el conjunto numerosas figuras en una composición admirable.

Además, presentará seguramente tres retratos: uno de la bellísima actriz Adelita Carbone, otro de la Pastora Imperio y el tercero del espada Rafael González «Machaquito». Y dos cuadros: «La sibila de la Alpujarra», de una intensidad superior á toda ponderación, y «Las dos sendas», en el que hay que admirar un desnudo que, cual todos los de Romero de Torres, es una verdadera obra maestra.

En nuestra misión de sencillos cronistas, renunciamos á entrar en detalles de crítica que no caben en los límites de este artículo, el cual hemos de completar con los datos siguientes:

Ayuntamiento de Madrid



NUESTRA SEÑORA DE ANDALUCÍA
(Cuadro de Romero de Torres, que se halla en la Alcaldía de Córdoba)

Ayuntamiento de Madrid

En la exposición nacional celebrada en Madrid el año 1899, obtuvo Romero de Torres una tercera medalla, por su cuadro titulado «Conciencia tranquila».

Cinco años después, en 1904, presentó en la exposición nacional un lienzo admirable, «Rosarillo», el cual fué igualmente premiado con la tercera medalla.

Y llegó cuatro años más tarde el momento del gran triunfo, de la victoria decisiva, indiscutible, que proporcionó á Julio Romero de Torres su «Musa gitana», que en el concurso de 1908, obtuvo una primera medalla y que figura en el Museo de Arte Moderno de la corte.

Desde entonces el gran artista ocupa un puesto de honor entre los pintores españoles. Su personalidad quedó cumplidamente definida con rasgos propios distintivos de una tendencia y de una escuela. La crítica le aplaudió y elogió con entusiasmo, y su talento genial fué reconocido. En la última de las exposiciones celebradas, la de 1911, presentó Romero de Torres, una obra que es un verdadero alarde de inspiración, y de la cual no se sabe qué admirar más: si la belleza del pensamiento, ó la maestría de la composición. El artista y el pintor están en ese lienzo, íntimamente hermanados, y el «Retablo del amor» produjo un movimiento de admiración entusiasta. Sin embargo, el Jurado, obedeciendo á bajas intrigas, no concedió distinción alguna al hermoso cuadro, produciendo tal proceder, tan injusto y arbitrario, viva indignación entre los elementos sensatos amantes de la equidad y la imparcialidad ..

En los mismos concursantes, el fallo del Jurado originó censuras y protestas. La Prensa apoyó aquella actitud y el Jurado fué objeto de contínuas muestras de hostilidad. La preterición de la obra de Julio Romero de Torres, fué considerada como un acto arbitrario, resultante de esas combinaciones y esas intrigas que han labrado el desprestigio de nuestras exposiciones nacionales, en las que son muy contados los artistas que han conseguido su triunfo en noble lid, luchando solamente con las armas de su genio y su arte, é imponiéndose así á las parcialidades y los convencionalismos... Y hasta el señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, comprendiendo el proceder absurdo del Jurado, indicó la idea de crear otra primera medalla para premiar el prodigioso «Retablo del amor», cuadro que algunos meses después fué presentado en la Exposición Internacio-

Ayuntamiento de Madrid

nal de Barcelona, constituyendo el «clou» de aquel concurso, al que acudieron artistas de todo el mundo, y obteniendo la más elevada recompensa. A Romero de Torres se le había hecho justicia.

El Ayuntamiento de la ciudad Condal adquirió el «Retablo del amor» en una suma justa y considerable.

Julio Romero de Torres pinta pródigamente, alcanzando grandes remumeraciones. Su arte ha creado, en definitiva, una escuela que cada año cuenta con más discípulos, advirtiéndose en cada una de las exposiciones que se vienen celebrando la influencia que ejerce en la juventud pictórica española, que le sigue obsesionada por la mágia de su pincel maravilloso.

Ilustramos este sencillo trabajo con unos cuantos fotograbados, y damos por terminadas estas líneas, que son un sincero homenaje que NÓMADA rinde al eminente creador de la «Musa gitana»...

M. ALTOLAGUIRRE PALMA.

Ayuntamiento de Madrid

LAS MUJERES QUE PASAN

¿SERÍA ELLA?...

El día espléndido, radiante, evoca á Andalucía. La primavera triunfal se nos ha metido en el alma muy adentro, y de dos á tres en la Moncloa, entre niñas bellas que juegan y familias burguesas que se esponjean, hemos tomado un baño de sol vivificador.

Después, en el despacho, el sol ha seguido acariciando la mesa de trabajo y las blancas cuartillas en que íbamos copiando versos admirables é inéditos de un poeta andaluz insigne.

Y llegó la hora del crepúsculo, y de siete á ocho, nos lanzamos á pasear por la Carrera. La acera de Lhardy es un hervidero de gentes, y por la calle de Alcalá, delante de la Peña, hay un desfile lujoso de mujeres..

El Lión D'Or está lleno de cómicos y artistas, y una multitud elegante se apresura á tomar billete en la taquilla del Trianón Palace.

Voy paseando solo y un poco abstraido, entre este bullicio del anochecer. La multitud que se agita y que pasea, en vez de distraerme y de animarme me causa un efecto deplorable. Prefiero á ratos la soledad, y muchas veces he huido de las muchedumbres, buscando el rincón de un café excéntrico para gustar mieles en los labios de una grácil modista, ó llenar cuartillas en aquella calma sedante y desolada de la sala vacía. . Pero en esta tarde, una emoción intensa hizo rejuvenecer mi corazón. Pasó un tipo de mujer linda, que como un imán, me llevó tras de ella rápidamente ilusionado.

No era una dama lujosa y crepuscular, de esas que pasan por la calle de Sevilla entre una lluvia de piropos; arrogante, gallarda, triunfadora, dejando tras de sí un aroma de perfume fino... Era una muchacha rubia, tal vez provinciana, que delante de sus papás, una señora gruesa y enlutada y un señor respetable de chistera y gabán, iba curioseando escaparates y fijandose ingénuamente en las gentes que pasaban... Era, sin duda, provinciana, y su silueta airosa y de luto, evocó en mí algo sentimental y hondo que ya pasó. ¿Sería ella...? La fuí siguiendo hasta Cedaceros, y en el escaparate del Capricho, el grupo miraba y comentaba los vestidos y sombreros La visión era clara, precisa, abrumadora.

Ayuntamiento de Madrid

La misma sonrisa de colegiala, el mismo color de sus cabellos, pequeña y atrayente y hasta de luto, para que el tipo fuera tan real.. ¿Sería ella..? Entraron en la tienda, y tras el escaparate, mis lentes escrutadores analizaron fijamente el rostro bello. ¡No era ella!

Y entre el gentío lujoso del anochecer, por la calle de Sevilla, llena de cómicos y toreros, iba paseando lentamente todavía bajo la impresión sentimental de una emoción evocadora muy honda y dulce...

A. JIMÉNEZ LORA.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIRREINA DEL SOL

¿Qué perfume tan lánguido embalsama el ambiente?
¿qué murmullo de espumas alboroza el oído?
¿qué temblor de aureolas se hace ver blandamente?
se diría una corte de virreyes que han sido...
El minué se desliza sobre espesas alfombras.
En la aljaba del niño son de oro las flechas,
y las lunas resaltan en las tímidas sombras
como si en sus marcos se sintiesen estrechas.
Hay un viejo velázquez que palpita en un muro
encuadrando una copia de las finas meninas
que parece que salen de un sensual claro-obscuro
á decir ramilletes de palabras divinas.
En los tibios rincones, pebeteros de plata
insinúan suspiros de aromático vuelo,
que esa vida pretérita en sus pliegues recata
como entre la inocente transparencia de un velo.
Candelabros de bronce, que en la atmósfera opoca
se desmayan á veces entre vagos capuces,
fingen lírica selva que se impone y destaca
como en una florida primavera de luces.
Los tambores se hinchan con un trueno sublime;
las angélicas arpas sinfonizan aromas;
por las violas de Otoño pasa un viento que gime;
y en los bosques de flautas runrunean palomas.
Esta fiesta es la fiesta de un virrey elegante,
que ilumina su alcázar para orlar tu belleza:
¡el prestigio pasado y el ensueño distante
han nimbado un instante tu dorada cabeza!
En tus hombros de nieve se recoge la flama

Ayuntamiento de Madrid

de una túnica rosa que te ciñe en su amor;
y en tus manos ducales se cimbrea una rama
como un centro flexible donde se abre una flor.

¡Oh, las conchas de nácar de tus sienes de reina!
¡oh, las venas azules que circundan tu frente!
¡oh, la esclava morisca que te baña y te peina
en el diálogo mudo del espejo y de la fuente!

Yo no sé qué es más bello: si tu seno ó las olas,
si la palma ó tu talle, si la perla ó tu cara.
Cuando se abren tus lábios, finjo, oyéndote á solas,
una rosa que un céfiro al pasar deshojara.

Pero en tí lo que acaso más ensueños me inspira
es aquella mirada de humedad fascinante:
que no en vano parece que en tus ojos se mira
el azul de los cielos á través de un diamante...

¡Salve á tí, rosa-rosa del abril de las almas!
cuando vayan muy lejos á perderse mis huellas,
buscaré tu figura mal copiada en las palmas...
¡y astrológicamente miraré las estrellas!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Ayuntamiento de Madrid

LA CARAVANA DEL SILENCIO

Unos hombres buenos, ungidos por el divino óleo de la poesía, cordiales y amadores, han hablado de formar una peregrinación que tenga término en un humilde lugar de la intensa tierra andaluza, para brindar en él la altísima palabra hermana que dice de verdadero cariño y de grato reconocimiento al excelso poeta Juan Ramón Giménez, varón ejemplar, alma niña venida á la vida para hacernos sentir la música infinitamente bella de las Pastorelas exquisitas y los Ritornellos celestiales.

Alabados sean una vez y otra vez los que así quieren formar una cadena de espíritus que desprecien las miserias de tanta desatada pasión como acecha á los humanos, — manada de lobos hambrientos anciosos de caer sobre la presa hasta ahitarse, y desean encaminar á los legionarios de bellos ideales hacia sendas de paz, floreciidas en amor, limpias de zarzales de desengaños y malaventuras.

Si esos hombres bondadosos no desmayasen en su empresa de generosidad y bendición, de ellos sería el triunfo de un gran día de cordialidad, en el cual los corazones se fortalecerían en una santa piedad para los que, embriagados en luchas insensatas, pobres de alma y secos para la emoción, necesitan de un supremo esfuerzo de los cruzados de tanto noble idealismo para llegar á un vivir de serenidad y du'zura, acallando algo la terrible codicia, dando tregua á las maldades y teniendo una mirada de cariño para los que han cantado efusivamente las bellezas de la vida y han tributado un homenaje inolvidable á la hermandad entre todos los hombres

La voz amiga que invita á reunirse para que se realice la peregrinación, irá dando en los corazones hermanos; y de una aldea, de pueblecicos escondidos en la calma de una provincia rural, de las ciudades también, surgirán los devotos peregrinos, poetas y músicos enamorados de la suprema belleza, paladines del arte, soldados de la legión liberadora, que por sendas distintas, desde los más opuestos lugares, irán caminando poco á poco, animados por la mágica excelsitud de los versos del elegido, teniendo por estrella-guía la fé en el ideal ar-

Ayuntamiento de Madrid

tístico, que conforta y dignifica, hasta encontrarse, tras los días de la incesante caminata, en cualquier recodo de la senda, al otero de unos parrales, junto á rico venero de agua mansa, y de allí, ya unidos los hermanos, en silencio, seguros de la victoria de su religión, diáfana y admirable, adelantará la caravana, cruzando pueblos y ciudades, bajo la curiosidad de las gentes extrañas; y entonces se sabrá por esas mismas gentes curiosas de una Pastorela ó de un Ritornello; y acaso en algún pecho joven brote un nuevo amor al oir una rima de encanto...

***

...¿Hacia dónde está el otero donde han de reunirse los peregrinos que darán término á su viaje en la callada Moguer, arca santa de un alma niña, flor de azahar y azul celestísimo?...

Hombres buenos que lanzásteis la idea de agasajar con amor al hermano muy amado: dió en mi pecho vuestro mismo sentir y ya se prepara el bordón del peregrino; caminaré en busca de las aldeas humildes, de las ciudades populosas, de los lugares de paz; y tras la caminata, cuando hayamos cruzado en silencio por entre las multitudes que inquieran de nuestra procedencia y de nuestro término y sepamos del comentario cordial que ha de decir el triunfo del arte, después de estrechar la mano del poeta mágico que hizo despertar puras sensibilidades, en la ventana moruna del pueblecito andaluz, yo buscaré unos ojos negros, de abismo, y quedo, muy quedo, junto á los labios de la mujer morena, diré una rima sentimental.

LEOCADIO MARTIN RUIZ.

Ayuntamiento de Madrid

::: SONETOS :::

TUS MANOS

En dias de borrascas interiores,
ciegos mis ojos de entrever negrura,
mi alma cerrada ya á la conjetura
probable de gozar horas mejores,
de mi frente enjugó los trasudores
la de tus manos cándida blancura
y alivió por ensalmo la tortura
de alimentar mis sueños de dolores...
Y al roce tibio de su piel de seda,
como á un conjuro, las tristezas mías
disolvíanse en polvo de humareda.
¡Oh, el aroma de días ya lejanos
en que mi mente serenar sabías
con la gracia impoluta de tus manos!

N. HERNÁNDEZ LUQUERO.

SÍMBOLOS

Son los centauros. Pasan vertiginosamente
por la selvas de ensueño, del pensamiento mío.
Van en tropel y forman un desbordado río
de pasiones que arrasan la tierra en su corriente.
Son las quimeras locas que vuelan audazmente
hacia el ignoto mundo del misterio, sombrío.
Los dragones de fuego de la ambición, con brío,
la persiguen y hostigan sin tregua, fieramente.
En la noche el gran trueno de la muerte retumba.
Diríase el Espacio como una inmensa tumba
de fantasmas que fueron los mundos del pasado.
Diríase un Oceano negro, sin navegantes,
donde hay sirenas mudas y tritones errantes,
y un sol, faro en la cumbre de la vida, apagado.

GOY DE SILVA.

Ayuntamiento de Madrid

DE MI PROVINCIA

LA MASÌA

Cuando salí al valle, cerraba la noche. Lucían ya las estrellas, y arrullaba los campos dulce coro de unos grillos Un sapo cantó, y respondióle un mochuelo, y al mochuelo el cuco... parecían unos aldeaniegos relojes de flautas devolviéndose las horas.

Caminaba yo por un sendero en busca de una masada. Y anduve y anduve y á lo mejor me detenía, al vislumbrar entre la fronda esas lucecitas que cuelgan los rústicos tras sus ventanas, y que esparcen en la obscuridad la paz de un hogar, el mismo hogar que promete, bajo el sol, el humo de las chimeneas de barro.

Al último descubrí el caserío que buscaba. Pero antes inquieté otro llamando en sus puertas; á los golpes de mi bastón, ladraron unos perros, y asomó una mujer que levantaba un candil por arriba de su peinado en rodete. Ella me guió hacia la masía. «¿La masía de las Torres?—dijo;—siga á la derecha y ya se topará dos torres en medio de un naranjal.»

El aroma de los naranjos se derrama como el fulgor de las estrellas. Por este aroma que la envuelve hallé la masada; estaba atrancado el amplio portalón; mas permanecía abierto aún el postigo de la cocina, y por allí entré saludando alborozada, venturosamente.

Un viejo se interrumpió de batanear esparto. Una vieja descuidó la sartén, que freía á un fuego de leña menuda, y se irguió sorprendida. De los jayanes que á la redonda descansaban, quién suspendió al momento su grave tarea de encender un cigarro; quién se despabiló con brusquedad del sueño que descabezaba; quién que sacudía en tierra, empuñándolo con ambas manos, su alpargate, se quedó contemplándoms como si yo le encantara. En un obscuro y solitario rincón achuchábanse unos novios, y la enamorada, fingiendo que no le interesaba su galán, también me mira, y el mancebo entonces, resentido, clavó en mí unos hondos é intensos ojos de fiera. Finalmente, alzóse de las brasas un galgo, y se aproximó á olfatearme las ropas...

Y en seguida me reconocieron los abuelos y el lebrel. Y los abuelos, apesar de que Mayo iba adelantando tibio y florido, me obligaron á que me sentara

Ayuntamiento de Madrid

en el lar, ansiosos de pagarme la visita con finuras, y el lebrel se echó encima de mí aullando la bienvenida...

Al cabo la vieja espantó el idilio del rincón, ordenando á la novia menesteres que se relacionaban conmigo, según me presumí; y en efecto, un instante después sentíamos que arriba—en el piso de las cambras y de las habitaciones señoriles—preparaban una cama y una mesa.

Les referí cómo me extraviaría en el valle y los payos se reían de mi vocación de vagabundo.

Presto me reclamaron para la yanta. Subimos la zagala y yo y el galgo por una angosta escalera, y nos acompañaban nuestras sombras, que movía á su antojo un farolillo de aceite. Luego entramos en un cuarto con pavimento de yeso y con unas ventanas al naranjal.

La cena me aguardaba humeando sobre una servilleta de pliegues rígidos; comí blanda carne de choto, queso salado y una cazuela de aceitunas. El vino fascinaba, y el pan macizo, moreno, gordo y con orejuelas, semejábase al rostro mofletudo de los almas de Dios buenazos.., como el pan. Así yo el terminarse la yanta.

Me levanté de la mesa silbando un estribillo de alegría, y ocurrióseme salir á las torres. ¡Ah del firmamento en su espesura de astros! ¡Ah de la campiña en que fosforecían constelaciones de luciérnagas! Languidecía la noche envenenada por el perfume del azahar, y el medroso silbo del mochuelo y el pífano del sapo y la suspirosa tonada de los cucos, lamentaban su muerte sensual y muda. Embriagados del rocío, los grillos elevaban su serenata ingénua. A lo lejos resonaba el barranco. Las astilladas lucecitas de los rústicos prendían brillantes en los árboles. ¡Armonioso y encantado nocturno! ¡Nocturno de melodía!.. Crece gentil al pié de la casa un laurel, y lluvias recientes lo rodearon de una laguna: en el líquido espejo reflejábanse tranquilos el laurel y un lucero de plata, y el laurel y el lucero rimaban una inefable música del corazón.

Se apagó en mis labios la cantaleta frívola. Invadíame la melancolía y me conmovió en las entrañas. Me sentí derretirme en un fraternal amor á cuanto encierra el universo.

Casi llorando de caridad, me aparté de las torres al tiempo que aparecíase la luna como visión del santo hermano Francisco de Asís...

La cama abultaba como una carroza. Yo me hundía en las sábanas, que olían al limpio remusgo que las secó, y desmayándome en mi sentimentalismo, comencé á dormirme...

Ayuntamiento de Madrid

¡De pronto me despertó algo estrambótico que pasara por mis narices cual un rayo!... Debía de haber surgido de la estancia inmediata, pues sus vidrieras sin vidrios, temblaban precipitadamente. Me levanté y todo cauteloso me arrimé á la vidriera, y adelanté un brazo con el farol... y principió en el misterio un agrio aunque atiplado concierto felino ..

Era que una gata—el algo estrambótico—parió una rueda de gatucos en el escondite aquel, atraída por su acostumbrado abandono y su soledad no interrumpida.

El concierto en tanto arreciaba. A la postre pedí con una vocinglería terrible que se llevasen los desvelados gatos ..

¿Y el santo hermano Francisco de Asís?

¡En verdad, no sé si avergonzarme...!

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

Ayuntamiento de Madrid

SONETILLOS

NOCTURNO DE LA CRUZ

Está la noche de la Cruz
toda armada de romero,
y las candelas del sendero
te dan las rosas de su luz.
En las callejas de la aldea
suena el run-run del tamboril;
rojo es tu rostro de marfil
bajo la sangre de la tea.
Todo es jolgorio, todo es risa,
y tu pupila azul se irisa
en un anhelo de placer...
Pareces la sacerdotisa
que vé con trágica sonrisa
á un corazón odiado arder.

LA LUNA FINJE UN AMARANTO...

Á JOSÉ M.ª IZQUIERDO

La malagueña se hace llanto
al pasar por el robledal.
La luna finje un amaranto
de un parque raro y fantasmal.
El río trae en su corriente
pedazos de oro de la luna,
el río forja una viviente
danza fantástica moruna.
Danza, por guzlas arrullada,
de una sirena dislocada
en contorsiones de impudor...
La malagueña se hace risa
y vá contándole á la brisa
la antigua historia de su amor.

R. BUENDÍA MANZANO.

Ayuntamiento de Madrid

INTELECTUAL

¿Quién hubiera podido vencer á Teodorina en lo tocante á sutileza de concepto y á filigrana de expresión? ¿Quién como ella para desenvolver y sublimar la idea, para destrenzar los matices del concepto y enmarañar en red de quintaesenciadas inducciones el más impercerptible latido del corazón? Hubiérasele venido á las mientes el convocar, nueva Insaura, sutiles Córtes de amor, y á buen seguro que no le habrían faltado, de entre el nutrido grupo de sus estusiastas admiradores, mantenedores hábiles y entendidos en la enrevesada ciencia de la disección de la idea y el retorcimiento de la frase.

Porque, aprovechando ella la extraña libertad que le fué para la vida otorgada, merced á su condición de hija sin madre, de padre sabihondo, y fuera en sus pensares y procederes de todo humano convencional carril, había reunido en torno de su personilla un tanto desmedrada, pero seductora por razones de armónica desarmonía entre miembros, facciones, reflejos de espíritu y brochazos de voluntad, numerosa pléyade masculina reclutada entre lo más brillante y exquisito que el plantel *intelectual* de la gran república á la sazón podía ofrecer.

Y rodeada por la entusiasta legión de soñadores á la moderna—soñadores que sueñan el pensar, porque han olvidado cómo se sueña el sentir,—marchaba con ellos por ideales caminos, sin principios ni límites, sin piedras miliarias y sin cunetas, sin ventas ni posadas en la orilla; caminos que conducían sombreados por árbo'es en constante otoño, á opalinas puestas de sol...

Parecían hechos sus grandes ojos negros para reflejar todas las pasiones, y sus finos y pálidos labios para reirse de todas ellas.. Era pálida, era delgada y delicadísima; su inquieto espíritu parecía agitarse descontento en la cárcel del cuerpo.. y en sus melancolías su carne escasa parecía abrumarla con peso insoportable... ¿Quién se hubiera atrevido á hablarla de amor?

—Amaré —decía. Y su boca enimágtica formulaba el programa de su futura pasión. Era todo él como ténue mordisqueo de la vida, como libar de mariposas sobre flor de romero. . No, aquel cuerpecillo no estaba hecho para resistir los brutales latigazos de la pasión carnal.—Pasaría sobre las exigencias sen-

Ayuntamiento de Madrid

suales deprisa, muy deprisa, con los ojos cerrados mirando hacia arriba; sus bodas serían bodas de espíritu. ¿Y dónde hallar espíritu masculino capaz de recorrer sin extravío los laberintos de aquella femenil sutileza?

Tal pregunta formulaba entre suspiros gran porción del grupo de intelectuales amigos de Teodorina, y todos la declaraban, entre afligidos y satisfechos, condenada por su propia elevación á soledad perpetua.

—

Aquella noche brillaban en los ojazos negros inusitados fulgores y corrían en los pálidos labios relámpagos fugaces... cualquiera hubiese dicho de malicia. A la hora de la despedida, Teodorina, irguiéndose enmedio de su corte, le dió la gran noticia.

—«Me caso.»—Sensación fulminante. La legión de honor pide con insistencia el nombre del elegido.- Los relámpagos fugaces y maliciosos acentúanse en los ojos y en la boca de la doncella, trocándose en tempestad deshecha.—«Enrique Spinael»,—dice inclinando la pensadora frente y velando sus párpados la profunda mirada... Tumulto indescreptible. Veinte voces de otros tantos intelectuales se hacen oir.

—¡Spinael!

—¡El banquero alemán!

—¡Feo!

—¡Imbécil!—grita con acento airado el más joven de los cortesanos; tanto tiempo enamorado de Teodorina ycallado otro tanto por temor y respeto á su icefable espíritu. ¿Habrá alguien que sepa si el apóstrofe del pusilánime admirador fué lanzado contra el banquero ó contra su propio individuo?

—¡Pero ese hombre no piensa, no ha pensado nunca!

—¡Es un asno de oro!

Teodorina domina el tumulto con con su actitud de estátua. Después—¡quién lo dijera!—con vocecilla á fuerza de sarcasmo, canallesca:

—¡Amigos!—exclamó.—La idea es hermosa; pero la pobrecita, anémica por exceso de civilización, necesita trufas para vivir, champagne para chispear, encajes para cubrir sus enflaquecidas desnudeces. Las trufas, el champagne y los encajes cuestan caros. ¡Compadecedme, amigos, me sacrifico por la Idea!

Iban en silencio: todos cabizbajos, todos tristes, ellos creían que por el rebajamiento de su ideal. Los ojazos de Teodorina veían más allá que ellos mismos y se reían.

¿Estaba sola? No. Silvio Neri, el gran señor, se le acercó, no entristecido co-

Ayuntamiento de Madrid

mo los otros La sonrisa galante iba en su labios. Inclinóse ante ella, besóle la mano, y dijo, al erguirse de nuevo, con majestad irónica:

—¡Salve, mujer!

—

...Tres años... Teodorina vuelve de su largo viaje á través de Europa y preside nuevamente aquella antigua corte de soñadores, que ha acudido presurosa á su primer llamamiento. Pero Teodorina no es la misma. Ya no es su rostro pálido, ya no es su cuerpecillo desmedrado. Las riquezas del alemán banquero ha hecho milagros, y el gran espíritu vive en palacio suntuoso de carne sonrosada.

Después de la primera sesión, los intelectuales se comunican en voz un tanto lánguida sus observaciones.

Temen que aquellos piececillos, sostén ahora de tan soberbio edificio, no sean tan aptos como en tiempos pasados para marchar por carreteras ideales, sin cunetas ni posadas, á caza de opalinas puesta de sol.

Más que al concepto sutil, incitan al beso los labios de la viuda, y los dientes menudos que muestra su sonrisa, no parecen dispuestos á conformarse con suaves mordisqueos en hojillas de menta; los pliegues del vestido se acogollan, huyen á grandes pasos de la actitud hierática.

—¡Es triste!

—¡Triste!

—¡Triste!

La afligida cohorte lo repite en coro.

Silvio Neri levanta en un momento de silencio su voz sonora y entre dos sonrisas galantes:

—Amigos —dice,—hipocresía aparte, ¿habrá alguno de nosotros dispuesto á guardar rencor al bueno de Spinael por la soberbia transformación que han llevado à cabo sus millones? ¡Por mi parte, voto para su estátua el laurel de los héroes!

Y todos aplaudieron sonriendo. Al cabo, aunque intelectuales, eran buenos muchachos...

Y aquel jovencillo que tres años antes había lanzado un «¡imbécil!» no se sabe á quién destinado, un mes después del día del regreso, repetía confidencialmente al oido de Silvio, que sonreía como siempre:

—Decididamente, estoy por la idea accesible.

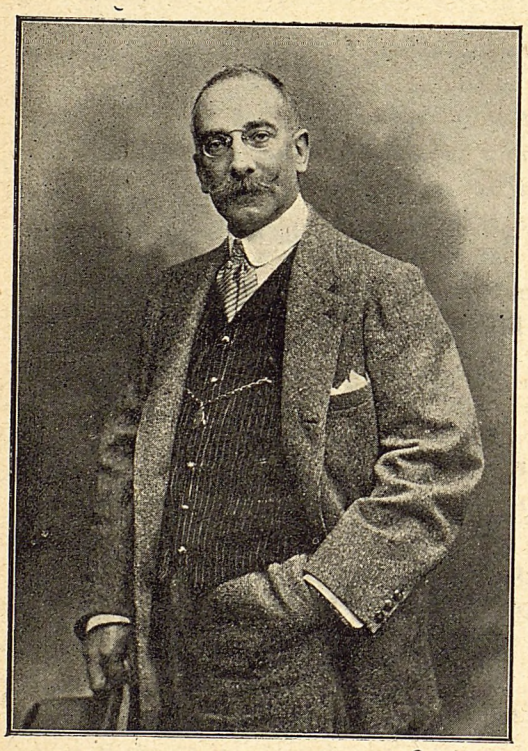
G. MARTÍNEZ SIERRA.

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA DE LIBROS

«NEUROSIS,» POR VICENTE CASANOVA

A los autores de dramas y comedias inéditas se les ha ofrecido recientemente en Madrid posibilidad de ver representadas sus obras mediante la celebración de concursos Gracias á ellos, han abrigado la esperanza de acabar con el monopolio de los escenarios de la corte. Pero esa posibilidad y esa esperanza, no han dejado de ser tales en la inmensa mayoría de los casos, y las puertas de los teatros se han cerrado á piedra y lodo á los autores inéditos con obras procedentes de concursos.



VICENTE CASANOVA

Apesar de eso, en Madrid se estrena todos los días y se brinda al público piezas detestables que son silbadas y pateadas en los teatros y calurosamente aplaudidas en las secciones de espectáculos de determinados diarios.

Sin embargo, vean los lectores lo que aconteció á un escritor de gran valía que por su claro talento y sus excepcionales condiciones para el cultivo del arte dramático mereció el honor de que le premiasen una obra en un concurso en el cual formaron el jurado dramaturgos tan insignes como Galdós, Benavente y Dicenta y críticos tan reputados como Villegas y Laserna. El concurso se verificó en Madrid el año 1904, y la comedia «Neurosis» fué la que obtuvo la predilección de las personalidades ya mencionadas, proporcionando una victoria, ganada en noble lid, al distinguido escritor Vicente Casanova, —hermano de la gran poetisa Sofía—de cuya labor el joven crítico, novelista y poeta Andrés González-Blanco se ha ocupado en NÓMADA con el justo elogio á que es acreedor tan meritísimo literato.

Ayuntamiento de Madrid

Pues bien: después de ocho años que han transcurrido sin que Casanova haya podido estrenar una obra que mereció el beneplácito de tan eminentes escritores cual los que formaban el jurado, el autor de «Neurosis» se ha decidido á imprimir la comedia, dándola al público en forma de libro, cosa que nos permite apreciar las múltiples bellezas que aquélla encierra, como asimismo la justicia con que procedió el Jurado al concederle toda su predilección.

Estaba acordado, como fórmula del concurso, que la obra que obtuviera el premio sería estrenada por la compañía Guerrero-Mendoza, que por aquel entonces actuaba aún en el Teatro Español; mas el aristocrático actor halló modo de eludir el compromiso, diciendo á Casanova que había decidido no poner en escena más obras que las de los «autores de la casa». El creador de «Neurosis,» contrariado, mas no desalentado, se dirigió después á la empresa de un coliseo de menos calidad, un cine con sus pretensiones de teatro, y leyó la obra al director, que lo era el culto novelista José Francés. Tampoco en aquel coliseo, titulado Salón Nacional, tuvo cabida la obra de Casanova. Aquel escenario, según manifestaciones de Francés, no era marco adecuado para una comedia como «Neurosis» . Además, el público del Salón Nacional no estaba acostumbrado á obras de tal índole y... ¡cualquiera sabía si tendría ó no aceptación!

Vicente Casanova tomó entonces una resolución decidida, firme, enérgica: cogió «Neurosis», la encerró en el cajón de su mesa de trabajo y no volvió á acordarse, —hasta ahora,—de que tan bella obra había escrito.

Ahora lo ha recordado, y ha tenido la feliz idea de imprimirla, dando ocasión, como ya hemos dicho, á que sea apreciada y juzgada con el aplauso que en justicia merece, sin que el autor ni nadie pueda comprender qué recomendación más autorizada ha de llevarse á los empresarios de Madrid que el juicio público y unánime de personalidades de tanto prestigio en las letras españolas como las que formaban el Jurado que premió la notabilísima obra de Vicente Casanova.

***

«MIS CANCIONES,» POESÍAS POR ANTONIO ARÉVALO

A guisa de prólogo, Francisco Villaespesa ha sentado el precedente de poner en la primera página de los libros que salen á la palestra bajo su amparo y tutela, una composición que es, por lo regular, un soneto. El autor de «El Alcázar de las Perlas»—que honra á Nómada con su asídua colaboración,—es un admirable sonetista, acaso el primero entre los vates españoles, y en el soneto que ha escrito para el libro «Mis canciones» de Antonio Arévalo, confirma una vez más su maestría y su arte.

Hé aquí el soneto que titulado «Ofrenda» y dedicado al autor del volumen, aparece al frente de «Mis canciones», bello florilegio de rimas hondas y sentimentales:

Tu canción, poeta, tiene el ritmo de esas
coplas que perfuman de melancolía

Ayuntamiento de Madrid

las maravillosas calles cordobesas
en las claras noches de mi Andalucía.
Un llanto sincero su pena ennoblece,
y oyéndola, bajo la luz de la Luna,
la novia morena de amor palidece
en la florecida ventana moruna!
Todo cuanto sientes tu guitarra expresa
tus amargas cuitas transformando en mieles...
¡Para la mantilla de esa cordobesa
que alegra y perfuma de amor tu camino,
te ofrezco este rojo ramo de claveles
que corté en un viejo carmen granadino!

A este gallardo brindis, responde Arévalo con otro soneto que lleva por título «De mi jardín,» y que es el que sigue:

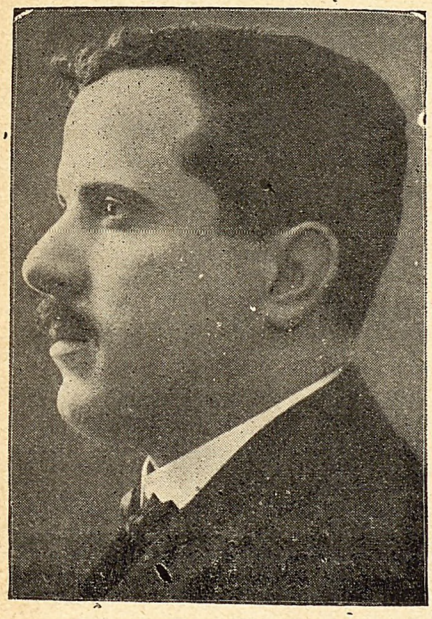
Acepto tu rojo ramo de claveles
cortado en un viejo carmen granadino;
¡para tí se hicieron aquellos vergeles
en donde has templado tu cincel divino!...
Acepto tus versos, cual joya preciada
que á mi lira humilde ciñe y galardona;
y con tus claveles tejeré á mi amada
una llameante, fúlgida corona.
En mi pobre numen, la miseria rije
como una tirana que mi vida aflije;
pero en los jardines de mi fantasía,
entre mil quebrantos, penas y dolores,
viven unas blancas, solitarias flores
que te ofrendo, vate, de mi Andalucía.

El libro de Arévalo «Mis canciones», es el primero que el mencionado escritor publica, y bien puede alabarse la conducta del poeta, que no ha querido salir á la palestra hasta tener bien templadas sus armas, presentándose al lector en el pleno dominio de sus excelentes cualidades.

No se advierten en «Mis canciones» los titubeos y la desorientación propia de todo principiante. El autor se nos presenta como un poeta de elevada inspiración en el fondo y extremada facilidad en la forma, sin recurrir á burdas extravagancias de rima que han llevado al fracaso más irremediable á tantos escritores noveles. Una gran sencillez, hermana de aquella que definiera la personalidad de Gabriel y Galán, campea en la obra «Mis canciones». Una gran espontaneidad rige y anima las poesías que integran el libro. Influenciado por el ambiente, Antonio Arévalo ha sabido escribir composiciones tan hermosas cual «El cantar», «Noche-buena», «Evocadora», «Pasionaria» y otras muchas cuya enumeración sería prolija.

Ayuntamiento de Madrid

La primera de las poesías mencionadas, termina con estos versos, que dan una profunda emoción surgida en el vivir de la vieja ciudad de Andalucía, en que Arévalo ha formado su temperamento de poeta.



ANTONIO ARÉVALO

A poco, una guitarra, suspirante,
dió al viento la armonía de sus cuerdas,
y, tras un hondo lamento,
una voz de angustia llena,
la voz de un hombre que sufre
cantó:
«Qué quieres que tenga,
que aquella carita de cera vírgen
se la va á comer la tierra.»

No pulsa Antonio Arévalo la lira para cantar únicamente tristezas de amoríos. Su inspiración bucea en otras sensaciones y halla en ellas propicios motivos para traducir en sonoros versos la impresión que en su espíritu producen. Su numen se adapta á toda emoción de belleza que deje en el alma una huella indeleble.

Reproducimos la poesía «Pasionaria»:

Alma mía,
triste rosa de pasión:
¡por qué buscas alegría
si vives en una umbría
de los dolores mansión!
Soñadora
has pretendido reir...
amadora,
sufre y llora,
que es tu destino sufrir.
Ni la brisa
que vaga en tu rededor
te da el beso de su risa,
ni un rayo de sol te irisa:
¡todos huyen del dolor!
Alma sola
que sueñas con un pensil,
que anhelas ser amapola

Ayuntamiento de Madrid

y que en tu humilde corola
duerman las auras de Abril.
Manos finas
te arrancarán del rosal;
y tus hojas purpurinas
rodarán por las espinas,
las espinas del zarzal.
Pasionaria,
emblema del padecer,
dulce como una plegaria,
noble, humilde, visionaria,
nunca hallarás el placer.
Alma mía,
triste rosa de pasión,
no sueñes con alegría
¡que vives en negra umbría
de los dolores mansión!

Cierra el libro de Antonio Arévalo, un artículo-impresión original del periodista don Ricardo de Montis.

«Mis canciones» es una bella obra, heraldo de otras que fijarán la personalidad literaria de su autor.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS

Para nuestro concurso de cuentos, hemos recibido los siguientes originales:

Lema.-Las llamas de la hoguera.
» Sábado blanco.
» El amor es un bálsamo...
» La fatalidad.
» María Luisa.
» Erase una princesa...
» Los jueves de D. Juan.
» A reinar, fortuna, vamos...
» Labor vincit omnia.
» Dulzuras.
» Nómada.
» Del tiempo viejo.
» Don Diego de Noche.
» Querer es poder.
» Vivir es sufrir.
» Por ella y para ella.
» Cosas del otro siglo.
» Donde menos se piensa...
» Hidalguía.
» ¡Corazón, corazón!
» Por amor y caridad.
» Lucano.
» Ruy Blas.
» Amores serranos.
» Señores, vámonos poco á poco; en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.

Lema.-Alkamir.
» Por camino de ventura.
» No os fijeis de la alegría
que á veces el rostro finje;
que hay muertos que estando (muertos
aún parecen que sonríen.
» Tetuán.
» Un Ibseniano.
» Allende la verdad.
» Rosas de té.
» El hombre puede considerarse dichoso cuando planta un árbol, engendra un hijo y escribe un libro.—*Karr*.
» Esperanza.
» La senda del destino.
» ¡Salve, oh luz!
» Las tragedias ridículas.
» Romestán.

Han sido desechados por no ajustarse á las condiciones fijadas, los cuentos que llevan por lema:

El amor es un bálsamo...
Querer es poder.
¡Corazón, corazón!
Sábado blanco.

En el próximo número publicaremos el cuento que obtenga el premio, según dictamen del Jurado, y lista de los que sean recomendados para su inserción. Los autores de estos últimos se dirigirán á nuestro Secretario de Redacción, manifestando si están ó no conformes con que se publiquen sus trabajos.

Ayuntamiento de Madrid